



Guillermo
de Ockham
Fronteras



Máscaras

Autor: Nancy Ramírez Poloche

Técnica: Mixta - Arte digital

Traición se escribe con “efe”. Un ensayo sobre la academia y sus angustiadores

Ramiro Ceballos

¿Qué significa lo académico?

Academia se llamó la escuela fundada por Platón en Atenas en el siglo IV A.C. Su nombre se debió al hecho impremeditado de que funcionaba junto a un bosquecillo consagrado por los atenienses el héroe *Academos*.

Aunque muchos historiadores se remiten exclusivamente a la Edad Media para referirse a los orígenes de nuestras universidades, hay también quienes sostienen una continuidad histórica más profunda, que las liga a la Academia platónica (Pieper, 1998: 175). Sin embargo, más importante que esta continuidad histórica, que puede ser discutible, es el hecho de que la escuela de Platón ha sido entendida unánimemente como un modelo de las instituciones superiores de enseñanza en Occidente.

Este acoger el modelo platónico “[...] quiere decir que los caracteres internos y esenciales de la escuela de Platón son también el principio íntimo y conformador de nuestros centros académicos de formación, o al menos que así debería ser si quiere adjudicárseles con razón el predicado de académicos” (Pieper, 1998: 175).

Ahora bien, la actividad, el método y las doctrinas de la escuela platónica eran eminentemente filosóficos. La escuela platónica fue una escuela filosófica, una comunidad de filósofos. Así que su característica interna y esencial era un modo filosófico de considerar el mundo, y por tanto un rasgo definidor de la formación académica es que

ésta fuese conformada filosóficamente (Pieper, 1998: 179). Entonces, surge la pregunta acerca de lo que significa filosófico. La respuesta es que filosófico significa teórico. Esto parece una definición muy simple hasta cuando nos percatamos de lo que representa el sentido de lo teórico y la teoría.

Teorizar, dice Aristóteles en la *Metafísica*, “[...] es ser movido por la verdad y no por otra cosa” (Pieper, 1998: 175). De modo que cuando hablamos del carácter académico de la formación que imparte o debe impartir la Universidad, estamos declarando que la búsqueda desinteresada de la verdad está por encima de cualquier otra posible justificación de los estudios concebidos como estudios superiores y universitarios. Ni siquiera la finalidad de la formación profesional o adiestramiento para la vida y los negocios puede pretender un mayor rango que la búsqueda de la verdad.

Por otra parte, sucede que el apropiarse un saber con fines puramente pragmáticos es mucho más efectivo si primero se lo considera como digno por sí mismo y no como un mero útil o instrumento para otros fines. Así que la búsqueda de la verdad es posible como “[...] desinteresado hundimiento en el ser, completo descuido del éxito y visión puramente teórica [...]” (Pieper, 1998: 184). Ciertamente, esta no sólo es la razón última que justifica la existencia de la institución superior de educación, sino que aquella condición de búsqueda teórica desinteresada colabora secretamente con los propios fines pragmáticos que se puedan también tener con respecto a ella. Esto porque

sin ese servicio desinteresado previo difícilmente se facultará al intelecto en la captación precisa y diestra de la estructura y funcionamiento de la realidad sobre la que recae la mira de la aprehensión cognoscitiva.

Francis Bacon (1561-1626) formuló canónicamente esta intuición al caracterizar a la propia naturaleza como reclamando ser servida previamente a nuestra pretensión de usufructo: "*Natura enim non nisi parendo vincitur*". Gerhardt Schmidt glosó esta sentencia del siguiente modo: "[...] el hombre logra penetrar en los secretos de la naturaleza sólo cuando se somete a ella. La 'obediencia' de la que habla Bacon significa la renuncia a las prácticas mágicas y la cautelosa pero persistente búsqueda de las legalidades del curso natural [...]" (Schmidt, 1982: 140). La naturaleza no nos provee sus poderes si antes nosotros no la servimos debidamente, lo cual significa atención a su funcionamiento y estudio disciplinado de sus fenómenos. Atención y estudio son aquí los opuestos de la contemplación mágica, pero también de los apremios prácticos, con lo cual podemos establecer un vínculo entre superstición y pragmatismo por el lado de una cierta premura presente en ambos que los torna en fuerzas idénticas de oposición a lo teórico y filosófico.

La academia y lo académico "[...] descansan, entonces, en la idea de que el reino de la libertad creado por la teoría no podrá ser afirmado contra los poderes diabólicos y absorbentes de la voluntad de poder, que trata de hacer de todo lo real campo y materia de planes útiles [...]" (Pieper, 1998: 191). Si no suscita en sus participantes una adhesión militante, una fidelidad que se traduce en el respeto y la veneración por el saber cómo saber sin más¹.

Se hierne lo académico y la libertad académica cuando se la separa de este fundamento íntimo de amor a la verdad. Sobre los costos y beneficios de esta traición y su reparto no nos ocuparemos ahora; nos ocuparemos, en cambio, de algo menos espinoso: la caracterización de las formas de dicha traición.

Tres formas de traición a lo académico

Existen al menos tres modos flagrantes de faltar a la fe que el conocimiento y lo académico reclaman. Los caracterizaré como tres tipos ideales –siguiendo la propuesta conceptual de Weber y sus tipos ideales–, para indicar que no son característicos de los tres estamentos a los que se los voy a adjudicar, pues cada estamento puede participar de todos, de algunos o de ninguno. En todo caso, los voy a definir como tipos dominantes de las conductas infieles de estudiantes, profesores y administrativos y son, respectivamente: el filisteo, el fariseo y el filibustero.

El filisteo

Los filisteos fueron un pueblo proveniente de la zona del mar Egeo que se asentó en la parte suroccidental de lo que hoy se conoce como la franja de Gaza. No es seguro que se trate de los mismos minoicos que emigraron a Egipto tras la explosión del volcán que destruyó su civilización. En todo caso, eran más avanzados técnicamente que los semitas y de ellos conocieron los hebreos, entre otras cosas, el uso del hierro. Su nombre proviene del hebreo *plishtim*, invasores, algo semejante a lo que significaba para los griegos el término "bárbaros". Fueron un pueblo enemigo al que los hebreos combatieron y sometieron y con el cual se mezclaron. En las Escrituras aparecen como prototipo de infieles, incircuncisos por más señas².

Sin embargo, el término "filisteo" comenzó a revestir otros sentidos en Europa, en Alemania concretamente, gracias a circunstancias un tanto curiosas. Hacia finales del siglo XVII se produjo un incidente en Jena entre estudiantes y aldeanos que terminó con la muerte de un estudiante. El cura que ofició los funerales citó entonces una frase de la Biblia donde Dalila le dice a Sansón: "Los filisteos están sobre ti, Sansón" (Jueces 16:20); ello para referirse a los agresores de los estudiantes.

Desde entonces el término filisteo se ha revestido de unas connotaciones relativas a la ignorancia

1. La declaración de Pieper que acabo de entrecomillar no se refiere a lo académico en general sino a la Academia de Platón, y es el preámbulo de una sentencia final que señala la indefensión de la teoría habida cuenta de que ella "[...] ocurre que se da, sobre todo, bajo la protección de los dioses" (Pieper, p. 191).

2. Cfr. El artículo "Filisteos". (2010). Disponible en: <http://es.wikipedia.org/wiki/Filisteos>.

e insensibilidad para con los valores culturales superiores. Al parecer, primero en Alemania, en el contexto del Romanticismo, y luego en Inglaterra, “[...] devino en un término despectivo empleado para describir a una persona deficiente en la cultura de las artes liberales, denotando una actitud materialista acompañada de ignorancia en asuntos artísticos y culturales”³.

Así mismo, al filisteísmo se lo caracterizó como revestido de cierta provinciana brutalidad, no exenta de arribismo. Goethe, por ejemplo, dice que “[...] el filisteo no sólo hace caso omiso de todas las condiciones de vida que no son suyas, sino que pide también que el resto de la humanidad debe seguir su propio modo de existencia”⁴.

El filisteísmo se ha consolidado desde entonces como un término despectivo que se usa para caracterizar a las personas que manifiestan escasa sensibilidad por el arte, la belleza, los valores espirituales e intelectuales. A ello se suma el que son también materialistas y asienten sin mayor sentido crítico a los valores convencionales, lo cual, en el caso de las artes, redundaría en la aprobación de las formas más elementales, burdas y de fácil comprensión⁵.

Ambrose Bierce, en su *Diccionario del diablo*, describe al filisteo de modo bastante integral. Dice que es aquel cuya mente es producto del medio, y cuyos pensamientos y sentimientos están dictados por la moda. Es algunas veces instruido, frecuentemente próspero, comúnmente limpio y siempre solemne⁶. Algunos autores acentúan en el filisteísmo bien la cortedad mental, bien la insensibilidad estética y espiritual, bien el decidido arribismo materialista. Schopenhauer, en sus *Aforismos*, definió al perfecto filisteo como un ser que se deja engañar por las apariencias y toma en serio todos los dogmatismos sociales: constantemente ocupado de someterse a las farsas mundanas⁷.

Puede ser que en el filisteísmo haya una dosis fuerte de esta cortedad mental que enfatiza Schopenhauer. Pero el concepto contiene otros rasgos, como hemos visto, y no la exclusiva escasez de luces, el haber sido intelectualmente dotado con

poca generosidad, que pasa por ser además el eufemismo más delicado que conozco para la tontería.

Para los propósitos presentes es preciso resaltar un aspecto a veces inadvertido del filisteísmo, una impostura que le es característica, consistente en la falta de consecuencia. El filisteo quiere el beneficio pero no quiere pagar el precio. En este sentido me parece que el juicio de Goethe capta este matiz cuando advierte que filisteo es “[...] una tripa vacía, llena de temores y esperanzas de que Dios tendrá misericordia”⁸. El típico filisteísmo de los estudiantes es exactamente un análogo de esta impostura en la fe que señala Goethe: una actitud pasiva, una falta grosera de consecuencia entre lo que quieren y lo que ello ha de costarles. Son, entonces, tripas llenas de temor y esperanza, no ya esperanza en que Dios sea misericorde sino en que por alguna intervención del azar puedan aprobar las evaluaciones y ser promovidos.

El tipo ideal del no filisteísmo estudiantil nos viene también en una historia de la tradición hebrea. La citaré aquí en calidad de antimodelo del estudiante filisteo. Es la historia que Michael Walzer titula *Hillel sobre el tejado*:

Un relato tradicional judío representa al gran sabio talmúdico como a un joven sin recursos con deseos de estudiar en una de las academias de Jerusalén. El joven ganó dinero cortando leña, pero apenas lo suficiente para mantenerse con vida, mucho menos para pagar las cuotas de admisión a los cursos. Cierta fría noche invernal, estando completamente sin dinero, Hillel trepó al techo del edificio de la academia y, mirando adentro gracias a la luz del cielo, prestó atención. Exhausto, se quedó dormido y la nieve lo cubrió sin tardanza. A la mañana siguiente, los académicos que se habían reunido advirtieron la figura durmiente tapando la luz. Cuando comprendieron qué había estado haciendo, de inmediato lo admitieron a la academia, exonerándolo de las cuotas. No les importó que estuviera mal vestido, sin un centavo, que hubiera emigrado recientemente de Babilonia y su familia fuera desconocida: era, a todas luces, un estudiante (Walzer, 242).

3. <http://percy-acunha-vigil.blogspot.com/2010/08/la-actualidad-de-la-dicotomia-atenas.html>, Párrafo.25

4. *Ibid.*, Párrafo. 27.

5. *Ibid.*, Párrafo.31

6. Bierce, A. *Diccionario del diablo*. p. 63.

7. Cfr. <http://fpaya.blogcindario.com/2006/02/00014-en-torno-del-hombre-mediocre-iv.html>.

8. Cfr. http://es.wikiquote.org/wiki/Johann_Wolfgang_von_Goethe.

El fariseo

He querido llamar fariseísmo a la traición profesoral del conocimiento y de la esencia académica. El fariseísmo es básicamente sinónimo de hipocresía, y es claro que la traición de los docentes al ideal académico es algo más ramificado y multiforme que la mera hipocresía. Pero el término “fariseo” no deja de tener afinidad con lo que aquí queremos señalar.

Los fariseos fueron una secta político-religiosa del judaísmo que surgió aproximadamente en el tercer siglo antes de Cristo. Algunas veces llamados también puritanos, se convirtieron en una clase distinta y su nombre provino de aquella condición purista, pues significó en un comienzo “los que se apartaron de los irreligiosos”, los que, digamos, no se sentaron a la mesa de pecadores. Fueron así los más estrictos defensores de la religión y tradición judías.

Su trabajo se relacionó principalmente con las sinagogas, y colaboraban también en la escolaridad de los niños, en la enseñanza y la prédica⁹. El fariseísmo desarrolló, sin embargo, una ortodoxia arrogante y orgullosa y una exacerbación del formalismo. Insistían demasiado en los detalles ceremoniales y externos a expensas de los preceptos más importantes de la Ley (Mateo 23, 23-18).

Jesús se refirió a ellos en términos inequívocos: “Los escribas y fariseos se han sentado en la silla de Moisés. Todas las cosas que les digan, obsérvenlas y háganlas; pero no las hagan de acuerdo con lo que ellos hacen. Porque ellos dicen, no hacen. Porque ellos ponen cargas muy pesadas en los hombros de los hombres, pero no levantan un dedo para hacerlas mover. Y todo lo que hacen es para tener notoriedad. Porque hacen sus filacterias anchas, y alargan los flecos. Ellos adoran estar en los primeros lugares de las fiestas, y ocupar las primeras sillas en las sinagogas. Y desean obtener los saludos en los mercados y ser llamados Rabi.” (Mateo 23, 1-8). Una última perla: hicieron causa común con

los herodianos, la secta más antitradicional judía, en su oposición a Cristo¹⁰.

El deseo de renombre y figuración es un rasgo esencial del fariseísmo docente, al igual que el fetichismo de las titulaciones, la arrogancia y la doblez con respecto a las exigencias de su profesión.

No obstante, estas actitudes farisaicas son sólo consecuencias de algo más recóndito y que en relación con los antiguos fariseos quedó claramente establecido como un defecto de fe, como una traición al espíritu por permanecer adheridos hipócrita y oportunistamente a la letra de la Ley. En el caso de la docencia farisea este defecto de fe se presenta en alianza con la inepticia o con la inescrupulosidad teórica. En el primer caso, cuando el fariseísmo se junta con la falta de respeto por la verdad, tenemos al docente sofista. El sofista atiende preferentemente a la forma y a la persuasión y no le importa la verdad, la que a veces de modo explícito niega, con brillantez y una cierta entrega a la causa en raras ocasiones; la mayoría de las veces de modo chapucero y como consecuencia directa de su ineptitud intelectual.

Por su parte, el docente inepto, el que ejerce la docencia con una falta de fe anclada en la pura y cruda deficiencia profesional, suele desarrollar el fariseísmo como conducta compensatoria, justificativa. Son los docentes que apenas responden a la nota etimológica de lo que sus profesiones demandan [docente viene del latín *docere*, permanecer sentado], a ellos les cuadra con hermenéutica fidelidad lo dicho por Nietzsche con ironía pedagógica: “La carne del culo es el auténtico pecado contra el Espíritu Santo”¹¹.

La ineptitud, mediocridad y sofistería profesoriales constituyen sin duda la más alta traición al espíritu de la academia y al saber mismo. A estas ulceraciones académicas y del espíritu se refiere George Steiner, profesor y maestro:

Enseñar con seriedad es poner las manos en lo que tiene de más vital un ser humano. Es buscar acceso a

9. Parece, entonces, que desde tiempos muy remotos una oscura afinidad farisaica persigue como una sombra el ejercicio de la enseñanza.

10. Las referencias a los fariseos las he tomado de: DRISCOLL, J. (1997). *Enciclopedia Católica. ACI-PRENSA*. Volumen I. Disponible en: <http://ec.aciprensa.com/f/fariseos.htm>.

11. El traductor que cito ha querido no hacer mención de aquello que Montaigne no quiso a su vez dejar de llamar por su nombre. Por eso, seguramente, optó por este giro: “La sedentariedad –ya lo dije una vez– es el verdadero pecado contra el espíritu santo”. El sentido, en todo caso, se conserva, pues resultan del todo insólitas y con seguridad incómodas las sedentariedades que no descansan sobre el culo (Nietzsche, 2000: 27).

la carne viva, a lo más íntimo de la integridad de un niño o de un adulto. Un Maestro invade, irrumpe, puede arrasar con el fin de limpiar y reconstruir. Una enseñanza deficiente, una rutina pedagógica, un estilo de instrucción que, conscientemente o no, sea cínico en sus metas meramente utilitarias, son destructivas. Arrancan de raíz la esperanza. La mala enseñanza es, casi literalmente, asesina y, metafóricamente, un pecado. Disminuye al alumno, reduce a la gris inanimación el motivo que se presenta. Instila en la sensibilidad del niño o del adulto el más corrosivo de los ácidos, el aburrimiento, el gas metano del hastío. Millones de personas han matado las matemáticas, la poesía, el pensamiento lógico con una enseñanza muerta y la vengativa mediocridad, acaso subconsciente, de unos pedagogos frustrados (Steiner, 2007: 26)¹².

El filibustero

A los filibusteros no tenemos que buscarlos en la Antigüedad ni en tierras santas. Son los piratas del Caribe¹³. Representan el espíritu del mercader, pero asociado con el uso artero de la violencia. Esta asociación no es rara, pues la piratería es, en esencia, la continuación del comercio por otros medios o el desarrollo final y maduro del engaño y malicia que yace en todo comercio.

Sin que necesariamente llegue al uso de la espada, el administrador deviene filibustero y traiciona la academia, y consecuentemente el conocimiento, cuando reduce el interés de la institución educativa al afán privado de lucro.

La universidad es hoy una institución inmersa en la lógica propia de la sociedad de mercado, y de mercado capitalista específicamente. La universidad toda, no sólo el cuerpo administrativo, se mueve en medio de constricciones relativas a la racionalidad capitalista de los recursos.

La universidad pública no debe estar, por principio, sujeta a los criterios de la apropiación

y el beneficio privados. Así que quienes postulan esta lógica en el interior de la universidad pública inducen la comisión de una traición a la academia y a la verdad. Pero el filibusterismo de los administrativos en el seno de la universidad pública no sólo corre por cuenta del servilismo intelectual al afán de lucro en beneficio de sectores privados; también va por cuenta de la corrupción y la ineficiencia de los mismos servidores, y un vínculo esencial parece ligar privatismo con corrupción e ineficacia, esta última como una consecuencia no deseada de los dos anteriores, que sí parecen rasgos vocacionales del filibustero y que vistos con más detalle son uno solo.

En la universidad privada, y en general en todo orden en donde se privatiza la educación, la reducción del conocimiento y de la enseñanza a meras mercancías es mucho más visible. Hay, sin embargo, ciertos límites que no parecen propasables por la lógica mercantilista, y son aquellos atinentes a la presentación de la mercancía. El cuidado de ciertos criterios mínimos de calidad, representados en instalaciones, profesorado formado, etc... hace parte de estas barreras de contención que impiden la total depauperización del servicio educativo, no obstante lo cual estos límites se fuerzan cada vez hasta extremos inverosímiles y del lado de los "insumos", en teoría, menos estresables como son los salarios de los docentes.

¿Puede la educación superior mantener la fidelidad a los valores académicos, no importa que se realice en un contexto de negocios privados? ¿Puede el mercader de la educación guardar los límites de la decencia y no deslizarse hacia un filibusterismo autodestructivo?

Es difícil responder con un sí a estos interrogantes, sobre todo en un país tan "improbable, triste y bárbaro" como el nuestro, donde la tendencia a convertir todo el servicio educativo y todo servicio social en una mercancía se ha ido convirtiendo en

12. "La antienseñanza, estadísticamente, está cerca de ser la norma. Los buenos profesores, los que prenden fuego en las almas nacientes de sus alumnos, son tal vez más escasos que los artistas virtuosos o los sabios. Los maestros de escuela que forman el alma y el cuerpo, que saben lo que está en juego, que son conscientes de la interrelación de confianza y vulnerabilidad, de la fusión orgánica de responsabilidad y respuesta (lo que yo llamaría «respuestabilidad» [answerability]) son alarmantemente pocos. Ovidio nos recuerda que «no hay mayor maravilla». En realidad, como sabemos, la mayoría de aquellos a quienes confiamos a nuestros hijos en la enseñanza secundaria, a quienes acudimos en busca de guía y ejemplo, son unos sepultureros más o menos afables. Se esfuerzan en rebajar a sus alumnos a su propio nivel de faena mediocre. No «abren Delfos» sino que lo cierran" (Steiner, 2007: 27).

13. El Diccionario de la Real Academia los define como piratas del siglo XVII; pero el Diccionario del diablo agrega el nada desdeñable detalle que los califica como delincuentes de poca monta, con lo cual podría adornarse el calificativo para los mercaderes de la educación con la misma connotación que Bierce les da a los filibusteros: el carecer del "mérito santificante de la magnitud".

una ideología triunfal y filibustera que amenaza con enterrar no sólo los valores seculares del conocimiento sino todo bien humano por inefable que

parezca. Hace tiempo que se produjo el abordaje de los piratas a la nave del Estado. El filibusterismo en la academia es apenas un capítulo de esta “hazaña”.

Bibliografía

- BIERCE, Ambrose (1998). *Diccionario del diablo*. Madrid. Edimat libros. S.A.
- DRISCOLL, J. (1997). *Fariseos*. En: *Enciclopedia Católica. ACI-PRENSA*. Vol. I. En: <http://ec.aciprensa.com/f/fariseos.htm>.
- NIETZSCHE, F (2000). *Ecce Homo*. Buenos Aires: Editorial Bureau.
- PIEPER, Josef (1998). *El ocio y la vida intelectual*. Madrid: Ediciones Rialp.
- SCHMIDT, Gerhardt (1982). *Razón y experiencia. Estudios sobre historia y sistema de la filosofía*. Barcelona: Editorial Alfa.
- STEINER, George (2007). *Lecciones de los maestros*. México: FCE.
- WALZER, Michael (1993). *Las esferas de la justicia*. México: FCE.